

AZUL, NO

Me he levantado demasiado tarde, he cogido una manzana del frigorífico y he salido pitando a la Escuela Universitaria.

Nada más entrar al aula compruebo que una de mis extremidades inferiores apenas me hace caso, como si quisiera independizarse del cuerpo. En casa ya ha pasado alguna vez. Sé lo que va a venir después y no me gusta. En esta circunstancia va a ser complicado iniciar la enseñanza del lenguaje de signos con mis alumnos de magisterio. Tengo que estar frente a ellos para que aprecien bien los movimientos.

Ajeno totalmente a mi preocupación, la pierna izquierda comienza a realizar giros extraños: hacia un lado, hacia otro, por encima de la cintura, de puntillas, taconeando... La derecha está aturdida, no sabe qué hacer, se está muriendo de vergüenza y, como es muy tímida, quiere esconderse debajo de la mesa más cercana pero, obviamente, yo no se lo permito. Pero la otra sigue dale que dale, sin parar, aunque todo hay que decirlo, se le da bastante bien lo de bailar claqué.

Poco a poco los chicos se levantan del pupitre y se van marchando. Al último le pregunto por qué se va. Me mira de reojo y, al intentar acercarme, sale corriendo al pasillo como alma que lleva el diablo.

Al levantarme los pantalones descubro la razón de este comportamiento tan libertino. Resulta que el pie siniestro viste un calcetín azul y ese color no le gusta, así que le pongo el rojo que llevaba su compañero. Ahora todo ha vuelto a la normalidad.